

Francesc de Carreras

El pintor Luis Moret

Hace justo una semana falleció el pintor Luis Moret. Su esposa y un grupo de amigos le acompañaron en el entierro hasta que fue depositado en lo alto del cementerio de Tarragona, desde donde, probablemente, se pueda divisar el mar, símbolo de la posibilidad de escapar y ser libre, elementos decisivos en la vida y en la obra de Moret.

Si el modo de existir que escogemos suele retratar nuestra manera de ser, eso se cumple con exactitud en el caso de Luis Moret. Nacido en Madrid en 1929 dentro de una familia burguesa e ilustrada, del linaje de don Segismundo Moret, uno de los prohombres liberales de la Restauración, nuestro pintor mostró desde pequeño afición por el mundo del arte y aptitud para el dibujo. “De niño siempre andaba garabateando”, recordaba a menudo. Aunque inició estudios artísticos, a sus padres les pareció que el arte estaba bien como afición pero que no era una profesión seria. Así que estudió en la Escuela Náutica y se convirtió en marino mercante: una manera de escapar, poniendo mar de por medio, al deprimente clima de Madrid de la posguerra, asfixiante para un chaval que sólo aspiraba a ser él mismo y vivir a su manera.

Surcar los mares, ciertamente, podía resultar una apasionante aventura. Pero tras algunos años de ir de puerto en puerto, con interminables jornadas seguidas sin avistar tierra, el joven Moret se convenció de que la monotonía de los largos días de navegación era incompatible con sus ansias de libertad: en el puerto de Veracruz se bajó del barco y durante más de diez años se estableció en México para ser pintor, su verdadera vocación. Estamos en 1955. Tras casarse con Montse Masdefiol, hija de exiliados políticos catalanes y la compañera de toda su vida, allí empezó su dedicación profesional al arte. Empezó haciendo retratos, con un éxito formidable: sus innatas dotes para el dibujo empezaban a rendir sus frutos. En esta especialidad destacó como un maestro: sabía captar los rasgos físicos y psicológicos esenciales del retratado y, además, construía hermosas piezas artísticas.

F. DE CARRERAS, *catedrático de Derecho Constitucional de la UAB*

Pero Luis Moret, como todo artista verdadero, era un cabezón: despreciaba el género retrato por burgués y acomodaticio, le recordaba demasiado al mundo familiar del que había logrado huir. En aquellos primeros años de estancia en México se definió como pintor: supo conjugar la tradición muralista mexicana con el naciente expresionismo abstracto de los pintores estadounidenses. Aborrecía la palabra *estilo* y persistió siempre, como decía, en una voluntad de no estilo. “El estilo es clonarse, es agotador y tedioso, una forma de hacer negocio, de dar al público lo que



MESEGUER

espera de ti, de limitar tu libertad de creación”, solía decir. Pero lo cierto es que allí, en aquellos años, adquirió un estilo propio –él lo llamaba “impronta”, qué más da–, reconocible hasta sus últimas obras: un Moret es siempre un Moret, aunque él nunca lo llegara a admitir.

Aquellos fueron años de formación. Trabajó un tiempo junto a Siqueiros, el gran muralista mexicano, y convivió durante años en Cuernavaca con expresionistas abstractos norteamericanos. Pero fueron también años de madurez. Hombre de izquierdas durante toda su vida, nunca creyó en el arte comprometido,

aunque su pintura significara ante todo el empeño en mostrar el desorden social y moral existente por la vía de romper los equilibrios formales clásicos, lo cual se reflejaba en su voluntad manifiesta de desbordar el inevitable y enojoso marco de cada uno de sus cuadros. Si en la navegación no había conseguido la libertad, nunca estuvo dispuesto a renunciar a ella en la pintura.

Moret regresó a España en 1968 e instaló su taller en el campo, siempre cerca de Tarragona. En aquellos años setenta formó parte de la cuadra del galerista Miquel Adrià y participó, activamente, como militante del PSUC, en las luchas políticas de los últimos años del franquismo. Cosmopolita e inquieto, partió otra vez hacia México en 1986 y fijó su residencia en Tijuana –“una ciudad apasionante”, decía–, donde adquirió una relevante notoriedad. Regresó a España en 1994 y, esta vez, se estableció en una bella y destaralada masía de La Riera de Gaià, también cerca de Tarragona, con vistas al campo y de espaldas al pueblo, donde han transcurrido los últimos años de su vida.

Luis Moret era un tipo alto, desgarbado y apuesto, nunca aparentó la edad que tenía y conservó invariablemente la prestancia y el elegante aplomo de sus orígenes sociales. Gran conversador, a pesar de su vida de bohemio Moret fue siempre un señor, un caballero, andante por supuesto, desfacador de entuertos, defensor de las damas y de los débiles, sólo arrogante ante los poderosos y los imbéciles.

Victoria Combalía, en el extraordinario prólogo de su libro *Comprender el arte moderno*, dice que “es verdad que los artistas siempre se lamentan; sin embargo, salvo los

pocos escogidos por la gloria, la mayoría tiene una vida muy difícil hecha de renuncias, de total entrega a su trabajo y de penurias económicas”. Luis Moret perteneció, desde luego, a esta gran mayoría. Pero, a continuación, recuerda Combalía una frase de Miró: “Los artistas son los verdaderos aristócratas del mundo”. Moret fue, sin duda, un aristócrata de ese género. Probablemente, los amigos que lo despidieron en el cementerio se quedaron también con la sensación de que es cierta la frase que encabeza el citado prólogo: “Un artista es aquel por el cual uno no hace nunca lo suficiente”.

Francesc-Marc Alvaro



Se precisan pregoneros

Con el verano y las fiestas mayores (de ciudades, pueblos, barrios y urbanizaciones), se precisan pregoneros. Un par de veces me ha tocado hacer el pregón de alguna celebración y puedo asegurar que no se trata de un género fácil. Además, las modas posmodernas han creado mucha confusión y hay quienes creen, erróneamente, que hacer un pregón es como echar un monólogo en la tele. Y no. Lo del pregón festivo es casi tan complicado como el poema amable para los novios en una boda o la oración fúnebre para despedir a un amigo: el tono es casi más importante que el contenido y todo debe estar milimétricamente calculado. El ritmo y la duración son factores clave.

La cantera de pregoneros está integrada por escritores y figuras de la tele y la radio, esos que llaman mediáticos. Toni Albà, excelente actor al que podemos ver en el programa *Polònia*, ha hecho de pregonero varias veces, algunas como él mismo y otras en algunos de sus más celebrados papeles paródicos, como el de Rey. Lo importante en un pregón de fiesta mayor es

El pregón no debe tener demasiados conceptos ni demasiadas anécdotas, pero sí un poco de todo

saber crear el espacio del ritual sin que el peaje a lo solemne quede demasiado rígido y se coma la conexión natural con la gente, que es lo que cuenta finalmente. Dado que el pregón no es ni una conferencia ni una retahíla de chistes, no debe contener demasiados conceptos ni demasiadas anécdotas, pero sí un poco de todo.

Hace dos días, pude escuchar el pregón que el escritor Ramon Solsona hizo en la sala de plenos del Ayuntamiento de Vilanova i la Geltrú y debo quitarme el sombrero. Solsona pronunció una pieza canónica a la par que original, ceremoniosa y suavemente irónica, con un poco de historia y un poco de leyenda, y la inclusión de la breve confesión personal que siempre gusta al público. Igual que hace con sus deliciosos artículos sobre marcas comerciales en las páginas del *Vivir de La Vanguardia*, Solsona engarzó con gran habilidad todos los detalles para hacer lo que tocaba: invitar al personal a disfrutar de la fiesta. Recomiendo a los aspirantes a pregonero que traten de conseguir el texto para saber cómo debe ser un pregón que Dios manda hoy en día.

Los géneros cambian pero su esencia permanece. No seamos tecnofóbicos. Ni el vídeo mató a la estrella de la radio ni la tele se ha cargado a los pregoneros. Al contrario, las nuevas tecnologías potencian los géneros clásicos y crean, incluso, nuevos. Por ejemplo, gracias a la red y a las publicaciones electrónicas, asistimos al auge del nuevo género del comentario inmediato, hostil, anónimo y terapéutico. No pocos individuos se ahorran dinero en psiquiatras, psicólogos, farmacias, casas de relax y zoofilia con el teclado compulsivo y obsesivo de insultos, sandeces y odios varios, sobre todo, desde el ordenador de la oficina. Como en agosto el jefe no está, estos pobres diablos se ponen las botas.

Laura Freixas

Músicos callejeros

Por más que el mundo sea cada vez más uniforme, sigue habiendo diferencias. Si viajamos al Reino Unido, por ejemplo, nos llamará la atención la inexistencia –Londres aparte– de perfumerías (lo que hay son droguerías), el gusto inmoderado por el papel pintado y la moqueta (la ponen hasta en los cuartos de baño) y la escasez de fruta: no suelen verse más que plátanos y manzanas. En Francia, descubriremos la enorme variedad de productos lácteos. En Grecia, nos llamará la atención ver en los cafés –o en una mesita y dos sillas en la calle– no a parejas, familias o grupos de amigas, como aquí, sino a hombres de dos en dos charlando. En Japón, nos sorprenderá la costumbre de comer los fideos sorbiéndolos ruidosamente, mientras que nadie, en cambio, se suena en público. En

Noruega, el hecho de que no existan horarios de comida y cena: se come a cualquier hora...

Pero no todas las particularidades nacionales son igualmente inofensivas. Una de las de España consiste en ser, según la Organización Mundial de la Salud, el segundo país del mundo más ruidoso (el primero es Japón). Y aquí nos encontramos con un dilema muy propio del mundo actual, a saber: ¿debemos aplaudir y preservar la diferencia simplemente por serlo, o hay valores que son más importantes? ¿Qué preferimos: un mundo uniforme y respetuoso con los derechos de todos u otro menos equitativo pero más folklórico? Mucho me temo que la respuesta más frecuente, no en teoría, claro está, pero sí en la práctica, consiste en querer que existan lugares donde desahogarse disfrutan-

do de “diferencias” poco ortodoxas, como el ruido (o el peligro, o la prostitución, o el exotismo mezclado con la superstición y la miseria), a condición de poder volver luego a nuestro civilizado, silencioso y aburrido domicilio habitual.

Es humano. Pero, por favor, señoras y señores forasteros (aunque sólo sean de otro barrio): antes de darle una propina al trompetista que les ha amenizado la cena en una terraza tocando *Oh when the saints go marching in*, piensen por un momento en quienes viven en la casa de enfrente –condenados a escuchar, *si us plau per força*, doscientas veces la misma canción berreada por la misma trompeta incompetente a lo largo del verano– y tengan un poquito de piedad.